

XIX.

POR QUÉ OCTAVIO SINTIÓ UNA MANECITA SOBRE LA
SUYA CUANDO TIRÓ DE LA CAMPANILLA EN CASA
DE LA SEÑORA DE ENTRAYGUES.

No hay un hombre que siga lógicamente su corazón ó su cabeza. Parisis temía amar y ser amado y no quería vivir sino entre mujeres. Pensaba de un modo vago, sin que lo demás le inquietase, que la leyenda de su familia podría envolverle en un fúnebre ropaje en sus primeros días de dicha y veía flotar aquí y allí la sentencia del siglo décimo quinto: «*El amor dará la muerte á los Parisis. El amor de los Parisis dará la muerte:*» y se aventuraba, sin freno, en todos los amores. Creía—y no se engañaba—que no deteniéndose en ninguno cojería todos los amores sin encontrar en ninguno el mortal fruto.

Octavio se decía que Violeta en su blancura de origen era quizá el verdadero amor para un corazón endurecido como el suyo. Era el viajero que ha apurado todas las copas y que temple su lábio en la graciosa fuente que brota de un peñasco.

Mas los insaciados labios de Parisis no debían, según costumbre, beber mas que un solo día en aquella fuente de vida.

Mas de una vez habia vuelto á ver en el gran mundo á la señora de Entraygues. Se habia hecho presentar oficialmente á ella; pero no habia abusado del derecho que tienen todos los hombres de hablar á las mujeres. Parecia decirle al no decirle nada que no pensaba ya en ella. Aliza le habia recordado la llave de plata como una amenaza graciosa.

Por fin, cierta noche como se murmurase entre los tertulianos acerca de los amores del señor de Entraygues con la señorita Hermosa de Noche, ella se dirigió resueltamente á Octavio y le dijo que al siguiente día le aguardaria entre once y doce de la noche.

—Preferiría mas bien aguardaros en mi casa, dijo Octavio.

—No, replicó ella, jamás tendré valor para subir vuestra escalera de onyx.

Octavio tenia demasiado talento para insistir: aceptaba las mujeres en el punto y lugar donde ellas querían darse, pues á las mujeres les gusta mas darse en su propia casa, bien como si el demonio del adulterio las impusiese el campo de batalla.

Al siguiente día la condesa que se habia lanzado con todas sus fuerzas en toda la locura de su amor escribió estas frases á Octavio:

«Esta noche, á las doce, yo me moriré; pero que importa!

»ALIZA.»

Cuando las mujeres se hallan en el camino de per-

dicion lo siguen sin vacilar. La señora de Entraygues firmó este billetito, es decir, la sentencia de muerte de su virtud, sin pensar que echaba su gorro por encima de los molinos.

Aquellas dos líneas eran el prólogo de un drama.

A las diez, Violeta, celosa por instinto, fué á casa de Octavio que le habia dicho que no saldria hasta las once para ir al club.

Octavio acababa de salir y ella subió á su habitacion diciendo que le aguardaria.

Algunas veces la jóven le habia dado esta amorosa sorpresa; con tal de que la jóven no fuera á su casa de dos á cuatro de la tarde, la permitia hacer toda suerte de caprichos.

Cuando en aquella noche llegó á su casa ella encontró naturalmente el billete de la condesa de Entraygues. No era muy largo, pero en cambio era esplicito.

Violeta sintió una puñalada.

Palideció, vaciló y cayó sobre el sofá casi desmayada.

—Y yo tambien moriré, dijo.

De pronto se reanimó. La jóven volvió á leer la carta.

La casualidad hace bien todo lo que hace: encima de la chimenea cerca de la carta vió un pequeño revólver que conocia perfectamente. Era una verdadera alhaja. Parisis se la habia mostrado en mas de una ocasion diciéndole: «No interrogues jamás á esta bestia porque te responderia en el otro mundo.»

Violeta apoyó en su corazon la boca del revólver.

—Nó, dijo, quiero morir ante sus ojos.

Pero donde estaba Octavio?

Las mujeres lo saben todo.

Por la mañana Violeta habia ido al parque Monceaux á coger yerbas para sus pájaros y habia visto al jóven que fumaba en la avenida de la Reina Hortensia y que miraba las ventanas de un palacio.

—Esto es, dijo Luisa; sentí celos y no me engaé.

Y loca de desesperacion se dirigió hácia la avenida de la Reina Hortensia.

—Pero si ha entrado! dijo ella.

El Señor de Parisis habia ido al club para asegurarse que el señor de Entraygues, este jugador obstinado, se encontraba en su mesa de baccarat.

Octavio de Parisis se consideraba aquella noche el hombre mas feliz del mundo parisiense.

Era entre once y doce de la noche, la hora fecunda en que se empiezan y desenlazan todas las comedias amorosas. Los dramas y las tragedias no empiezan sino despues de las últimas escenas del Ambigú y de la Comedia Francesa.

El señor de Parisis fumaba recostado en una ligera victoria arrastrada por dos caballos ingleses, llenos de desenvuelta arrogancia. Al verles pasar á los rayos de la luna y de los faroles que iluminaban la avenida de la Reina Hortensia, se hubiese dicho que no tocaban en el suelo. La mano de un pianista al tocar las teclas de márfil era mas pesada que sus piés cuando rozaban

el suelo. Producian en el silencio de la avenida cierta palpitacion armoniosamente cadenciosa que no debia despertar las hermosas damas ya dormidas.

Esto no obstante, luego que hubieron salvado la calle de San Honorato que corta la avenida, una sombra blanca levantó la cortina de una ventana de un palacio. Habia reconocido el trote de los caballos ó bien soñaba á la pálida luz del astro de la noche?

En Paris no se sueña al resplandor de la luna toda vez que los relojes andan demasiado aprisa. Los relojes! he querido decir las pasiones.

Octavio detuvo de repente sus caballos y saltó en la calzada dando órden á su groom que pasease los caballos por allí cerca, bien como si esperase á alguien. Miró en torno suyo y no vió mas que los árboles y los faroles.

La avenida de la Reina Hortensia que vá desde el parque Monceaux hasta el Arco de Triunfo está desierta al anochecer; es la avenida de París en que se ven menos transeuntes: por la mañana se ven en ella ginetes, por la tarde carretelas y por la noche se encuentran allí los raros transeuntes que se dirigen á su domicilio, algunas enamoradas cocineras, algunos polizontes distraidos y en una palabra aquello es una verdadera calle de Pompeya despues de la erupcion del Vesubio.

Algunos segundos despues Octavio se detenia frente á una puerta y levantaba su mano para llamar, pero no llamó.

Una manecita blanca se apoyó de repente en su mano.

Octavio que no se estrañaba de nada se quedó en aquel momento sorprendido. No habia visto nada en torno suyo; pues las mujeres celosas tienen la habilidad de hacerse invisibles y de no aparecer sino en el momento trágico.

El señor de Parisis se habia vuelto y habia reconocido á Violeta.

—Y bien, dijo esta: ya veis que os cojo infraganti.

Octavio vió brillar dos ojos que el infierno de los celos habia encendido.

—Tu estás loca, Violeta.

—Sí, caballero, porque os amo.

Octavio levantó la mano para llamar; pero por segunda vez la mano de Violeta apartó la suya.

—Te digo que no llamarás.

—Vamos, Violeta, sed prudente: son las doce de la noche, voy de tertulia, y vos debeis ir á casa.

—Nó, caballero. Ah! vais á una tertulia!

—Si no quereis ir á vuestra casa, id á la mia; coged si quereis mi victoria; mas por Dios, ni una palabra mas!

El jóven habia llamado. La puerta se abrió y Violeta quiso entrar; pero él la echó como en una vuelta del vals y dió con la puerta en sus narices.

Violeta, resuelta á todo, volvió á llamar. El duque de Parisis viendo que la puerta volvía á abrirse, retrocedió, rechazó á Violeta por segunda vez y cerró

la puerta con violencia. Oyó un grito y su nombre volvió á resonar en el silencio de la noche. Octavio hubiese querido matar á Violeta de un rayo. Se preguntaba si debía retroceder en su camino y aplazar su buena fortuna para la noche mas propicia.

Una camarera se adelantó hácia el jóven.

—El señor pregunta quizá por la señora condesa, dijo con aire que indicaba ya cierta inteligencia.

Esta camarera habia hecho ya traicion á la mujer en obsequio del marido, é iba á hacer traicion al marido en obsequio á la mujer. Así creia redimir su falta.

—Sí, dijo Octavio, dándola cinco luises. Si vuelven á llamar no abras. Es muy sencillo, rompe el cordon de la campanilla y nadie podrá llamar.

Esta buena ocurrencia decidió por fin á Octavio á subir á las habitaciones de la condesa.

Aliza le aguardaba en la meseta de la escalera vestida con negligente elegancia. Un peinador de muselina guarnecido de punto de Inglaterra ocultando apenas una camisa transparente; chapines de satin color de rosa y una cabellera desordenada escapándose de sus peines en voluptuosas cascadas. Se veia que aquel peinado era el de las fiestas.

El jóven casi no conoció la condesa. Era posible que aquella que espantada de sí propia habia huido en la escalera de onyx, fuese la misma mujer que le recibia así con los brazos abiertos?

La primera frase de Aliza fué una mentira.

—No os aguardaba, dijo á Octavio.

Este cogió á la señora de Entraigues en sus brazos y la llevó con dulzura en frente de una chimenea que estaba alegremente encendida, por mas que no hiciese frio.

—Creo que no podria llegar hasta aquí, dijo Octavio besando los cabellos de Aliza. Vuestra avenida no está segura; me han detenido en vuestra puerta, y poco ha faltado para que se me asesinase debajo de vuestras ventanas.

—Me asustais! Esto me esplica porque oí hablar; me pareció que era la voz de una mujer. No queria abrir la ventana porque mi vecina no está aun acosada.

—Es cierto, era la voz de una mujer. Los hombres solo tienen un enemigo peligroso: la mujer. En lo que á mí se refiere, temo mas á una mujer que á cuatro hombres.

—Quizá tengais razon. Pero á qué viene este misterio? Hablad pronto; estais conmovido; quereis respirar esencias?

La señora de Entraygues dió un suspiro.

—Me rio, continuó ella; pero yo seré quien se sentirá indispueta.

Parisis volvió á cogerla en sus brazos y la apoyó contra su pecho.

—La emocion es la vida. No me habléis de los lagos: habladme de los torrentes.

Octavio sabia que Aliza era entusiasta y hasta ro-

mántica.—Cuan bella sois con este aire negligente! yo que creí que os encontraría alegre y burlona.

—Cuando voy á los salones me armo hasta los dientes: cuando estoy aquí en frente de mí misma ó en frente de vos soy tan tonta que enseño mi corazón. Oh! amigo mio; cuanto os amo!

Aquella mujer que se reía de todo tenía lágrimas en los ojos.

El duque había olvidado ya á Violeta y respiraba con pasión los eflúvios de la espalda, de la garganta y de los cabellos de Aliza.

—Pero, en fin, prosiguió la condesa, quien es esa mujer?

—No hablemos de ello: me preguntó por su camino. La respondí que yo no sabía el mio; pero no hablemos sino de vos, de vuestros hermosos ojos, que son dos abismos; me asusto cuando los miro: son lo desconocido. Los ojos son para mí un mundo; son el infinito, son Dios.

Octavio abrazaba á Aliza.

—Hé aquí por que cerrais los míos, dijo ella sonriendo.

El señor de Parisis se echó á los piés de la señora de Entraygues, no melodramáticamente á la manera de los galanes jóvenes del Ambigú, sino de un cómico que sabe representar todos los papeles.

Estar á los piés de una mujer equivale á estar en mitad del camino de su conquista. El amor hace bien todo lo que hace. Si se convierte en respetuoso hasta

caer de rodillas, es para levantarse luego mas orgulloso y triunfante.

La condesa, por enamorada que estuviese, arrojaba en todo el brillo de su graciosa sonrisa.

Dieron las doce en un relojito que figuraba un templete con columnas y perlas de oro; era una maravilla de relojería atribuida á Luis XVI.

—Las doce ya! dijo la condesa.

—Que reloj tan impertinente, puesto que se permite medir mi dicha, dijo Octavio.

—El reloj, observó la señora de Entraygues, es el mas odioso de los inventos. Siempre va con demasiada lentitud ó demasiado aprisa.

Las mujeres temen siempre esta accion misteriosa que marca el tiempo, que cuenta los minutos y... las arrugas.

Para el reloj la existencia está dividida en cien mil átomos imperceptibles, como el corazón está dividido por el amor en cien mil sílabas errantes.

Contiene los granos de arena que caen sin cesar sobre los granos de la belleza. Caen del arenero hasta que queda vacío y que el féretro está lleno.

Octavio quiso abrazar á la condesa con alguna violencia, pero ella le rechazó con dulzura.

—Esperad, dijo. La mujer arregla el hombre como el reloj arregla el sol.

Y despues de un beso, añadió:

—No lo olvideis: me dijisteis que saldriais de aquí para ver salir la aurora en el club.

—Ah! Es necesario que os dé una lección de geografía. Si, contra lo que esperais, el señor de Entraygues tuviese el capricho de entrar...

—Quedad tranquilo: no dejará su mesa de bacarat sino para ir á casa de su querida.

—Podria equivocarse de puerta y venir á casa de su mujer. Ya sabeis lo que son los malos hábitos.

—Es preciso no jurar nunca nada.

—Pues bien, si volvía á esta casa y llamaba á mi puerta, segun hizo el dia de mi santo, porque su querida le recordó que aquel dia era el de mis dias, pasareis por mi tocador.... Pero es necesario que yo os lo enseñe todo.

Aliza condujo al señor de Parisis á su tocador, despues de lo cual le hizo cruzar la sala de baños y le mostró una escalera descubierta que guiaba hasta el jardin.

—Cuando llegueis al jardin, dijo ella, ya vereis que las paredes son fáciles de escalar. Este jardin conduce á otro, y este otro, si no me engaño, dá sobre la calle de Courcelles; no temais nada, no encontrareis allí ningun lazo.

—No hay otros lazos, exclamó el jóven, que los formados por estos dos hermosos brazos que me encadenan á vuestras plantas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 3525 MONTERREY, MEXICO

XX.

EL REY DE THULÉ.

Entre tanto el jóven pasaba sobre su garganta las hermosas manos de la condesa.

—Oh! Dios mio, exclamó; os habia invitado á tomar una taza de té y mi gente está acostada.

—Que contratiempo! dijo Octavio. Yo que solo habia venido para esto.

—Ello es tanto mas sensible cuanto yo hubiese podido haceros apreciar mi viejo Sevres. Ved sino esta maravilla sobre esta consola.

—Tanto mas sensible, señora, cuando teneis una chimenea preciosa, cuando he visto en vuestro tocador una hermosa tetera de plata y cuando vuestras manos pueden y van á prepararme una taza.

Octavio no era amigo de retorcer el cuello á sus aventuras. Un práctico en el amor saborea la novela capítulo por capítulo, sin precipitar el desenlace.

La señora de Entraygues no se hizo de rogar y puso la tetera al fuego miéntras que el señor de Parisis traía el servicio sobre un velador dorado sostenido por tres sirenas esculpidas.